

Impacto de la Pobreza sobre la construcción de la identidad familiar

Ab. Silvia Anguiano y Lic. JoséL.Soru1

Resumen

Frecuentemente se mira la pobreza como un síndrome situacional que la asocia a infraconsumo, deficiencia habitacional, bajo nivel educativo, poca participación institucional y anomia. Estas miradas sobre la pobreza que privilegian su lectura desde las estructuras sociales han utilizado dos medios fundamentales en la determinación del tamaño de la pobreza, su evolución y composición, cuando su concepto queda asociado a infraconsumo: el de las “necesidades básicas insatisfechas” y el de “la línea de pobreza”. En el primer caso, se trata de medir a la población por manifestaciones exteriores que revelan la falta de acceso a ciertos servicios considerados básicos: vivienda, agua potable, electricidad, salud, educación. Para este método son “pobres” aquellos hogares que no alcanzan a satisfacer algunas de las necesidades definidas como básicas. En el segundo caso, la línea de pobreza se traza en el nivel de los ingresos necesarios para acceder a una canasta básica de bienes y servicios respetando las características de consumo culturalmente definidas para una sociedad en un determinado momento histórico. De este modo se consideran “pobres” los hogares con ingresos inferiores a esta línea de pobreza. «Pobres», por lo tanto, son aquellas personas que no logran satisfacer necesidades que se consideran básicas en una sociedad determinada, lo que trae aparejado necesidades insatisfechas, y que padecen una situación que les imposibilita salir del círculo vicioso de la pobreza, porque sus capacidades se ven disminuidas por la carencia de bienes materiales y recursos económicos y la dificultad consiguiente en acceder a ellos. Sus causas por lo tanto, se ven en la desigualdad de oportunidades que genera el sistema.

Los avances logrados en materia social en el período de auge del estado de bienestar social contribuyeron de forma decisiva a mantener viva la esperanza de cambio en las condiciones de vida de los más necesitados. Hoy, con el desmantelamiento de las estructuras del bienestar, las determinaciones sistémicas vuelven a ocupar el centro de los planteos teóricos, puesto que la justificación que se propone sobre estas medidas es la necesidad de reacomodar las economías nacionales al nuevo orden del capitalismo mundial.

Hoy, la vida cotidiana de un gran porcentaje (50%) de la población y de las familias en América Latina constituye un círculo perverso de carencias:

«los hijos de los pobres no tienen acceso a la educación, se enferman, están mal alimentados, no acceden a empleos productivos, no tienen capacitación, no tienen crédito y con ellos se autogenera la pobreza»²

Según los cálculos de UNICEF, cerca de 3.000 niños mueren por día en América Latina por problemas ligados a la desnutrición y carencias perfectamente evitables. Se trata de 900.000 niños por año, el 60 % de las muertes atribuidas a la pobreza.

Entendemos que es útil completar esta mirada con los aspectos relacionados con interacciones microsociales entre las personas, valorizando los escenarios cotidianos³, particularmente el ámbito de la “familia” y el “hogar”, en tanto espacio privilegiado de las estrategias de producción y reproducción, consumo, contención afectiva, en su calidad de mediadora entre el individuo y la sociedad. Nuestro interés por este tema se relaciona con nuestra investigación previa sobre la estructura y organización familiar en Villa Mercedes (San Luis) que nos impulsó a profundizar en los aspectos más relacionados con la defensa de la calidad de vida principalmente de aquellas familias sobre las que es necesario plantearse líneas de acción que permitan superar su situación actual hacia modos no excluyentes de organización social, objeto de estudio en nuestra investigación actual sobre las “Estrategias de reproducción familiar en familias en situación de pobreza”.

En nuestro trabajo afirmamos que la integración a un mundo global requiere como mínimo la integración a la sociedad de los excluidos del derecho a tener una familia y de proveer posibilidades de vida digna a sus miembros.

Introducción

La pobreza, desde la mirada sociológica, ha sido visualizada desde dos paradigmas antitéticos en sociología. Uno derivado de la teoría marxista y el otro, desde una concepción que hunde sus raíces en el pensamiento de Durkheim. Estas perspectivas señalan dos modos de acercarse al problema de la pobreza desde la concepción del sistema social, desde la percepción de las determinantes del sistema: o el sistema las genera irreductiblemente o son defectos, desajustes no inevitables sino, por el contrario, problemas que pueden y deben resolverse. Estos planteos iniciales sobre el sistema capitalista fueron conduciendo los esfuerzos teóricos al estudio de las diferentes situaciones de pobreza, en un contexto social muy diferente al que estos autores dedicaron sus esfuerzos de investigación. Por una parte, el capitalismo despiadado de los tiempos de Marx fue cediendo paso a un capitalismo que provocó el ascenso de grandes capas sociales a la clase media, y por otra parte las organizaciones sindicales, las revoluciones y movimientos sociales dieron el protagonismo a la acción por mejorar la calidad de vida de los sectores más desprotegidos de la sociedad. Esta orientación promovió el análisis de “las pobres” y la acción sobre diversos sectores “pauperizados”, “marginales”, “excluidos”, que han combinado de diversos modos ambos paradigmas teóricos. En efecto, la

acción sobre los pobres que se ha efectuado desde el trabajo social con comunidades, grupos y familias en situación de pobreza, si bien ha compartido la perspectiva de las determinaciones sistémicas en el tema de la pobreza, ha consistido en actuar sobre ellas, dentro del sistema, promoviendo el desarrollo de sectores sociales sumergidos.

La mirada a la pobreza desde los métodos que se utilizan para medirla: el consumo.

De este modo se empieza a mirar la pobreza como un síndrome situacional que la asocia a infraconsumo, deficiencia habitacional, bajo nivel educativo, poca participación institucional y anomia. Estas miradas sobre la pobreza que privilegian su lectura desde las estructuras sociales han utilizado dos medios fundamentales en la determinación del tamaño de la pobreza, su evolución y composición, cuando su concepto queda asociado a infraconsumo: el de las “necesidades básicas insatisfechas” y el de “la línea de pobreza”. En el primer caso, se trata de medir a la población por manifestaciones exteriores que revelan la falta de acceso a ciertos servicios considerados básicos: vivienda, agua potable, electricidad, salud, educación. Para este método son “pobres” aquellos hogares que no alcanzan a satisfacer algunas de las necesidades definidas como básicas. En el segundo caso, la línea de pobreza se traza en el nivel de los ingresos necesarios para acceder a una canasta básica de bienes y servicios respetando las características de consumo culturalmente definidas para una sociedad en un determinado momento histórico. De este modo se consideran “pobres” los hogares con ingresos inferiores a esta línea de pobreza. «Pobres», por lo tanto, son aquellas personas que no logran satisfacer necesidades que se consideran básicas en una sociedad determinada, lo que trae aparejado necesidades insatisfechas, y que padecen una situación que les imposibilita salir del círculo vicioso de la pobreza, porque sus capacidades se ven disminuidas por la carencia de bienes materiales y recursos económicos y la dificultad consiguiente en acceder a ellos. Sus causas por lo tanto, se ven en la desigualdad de oportunidades que genera el sistema. . En este sentido, lo que se subraya es la idea de la dignidad humana vinculada a necesidades universales y a la universalidad de los derechos que la garantizan, ya que remiten a «la dignidad e igualdad esenciales del individuo considerado como ser humano» (UNESCO,1991:822).

La pobreza como carencia

Esta perspectiva analítica parte de una concepción sobre las necesidades humanas distinguiendo aquellas necesidades universales que toda persona debe satisfacer en tanto persona humana, de aquellas necesidades que se hacen visibles por comparación con otras situaciones y contextos sociales con los cuales es confronta-

da y diferenciada. Bajo esta última perspectiva, puede decirse que la pobreza es relativa, como también lo son sus grados y heterogeneidad (que remiten a privaciones mayores o menores), pues se establecen por comparación.

Desde una perspectiva universalista, la noción de necesidades humanas queda asociada a la de capacidad para realizar un mínimo de actividades vitales para preservar la dignidad humana.

Esta noción de capacidad ha sido trabajada por diversos autores quienes proponen como capacidades necesarias para acceder a una vida digna. Al respecto, Meghnad Desai⁴ propone las siguientes capacidades como básicas y necesarias: (a) la capacidad de permanecer vivo/gozar de una vida larga; (b) la capacidad de asegurar la reproducción intergeneracional; (c) la capacidad de una vida saludable; (d) la capacidad de interacción social; y, (e) la capacidad de tener conocimiento y libertad de expresión y pensamiento.

Estas capacidades cubren lo esencial para que la persona pueda ser miembro de una comunidad social, económica y política. Las tres primeras capacidades se relacionan con la salud y permiten asegurar que la persona esté viva y sana para trabajar, reproducirse, y gozar de la vida.

Estos derechos exigen garantizar cierto nivel de salud y de nutrición. Para asegurar estas capacidades, por lo tanto, se requeriría un acceso garantizado a un mínimo de servicios de salud, así como un conocimiento de la función reproductiva tanto de los hombres como de las mujeres.

Las dos últimas capacidades se refieren a la vida social y política. La capacidad de interacción social es negada por las prácticas discriminatorias que confinan al pobre a lugares para pobres, servicios para pobres. También significa privación, la negación al derecho de participar en la vida política o de acceder a un flujo libre de información.

El círculo vicioso de la pobreza

La vida cotidiana de un gran porcentaje (50%) de la población y de las familias en América Latina constituye un círculo perverso de carencias:

«los hijos de los pobres no tienen acceso a la educación, se enferman, están mal alimentados, no acceden a empleos productivos, no tienen capacitación, no tienen crédito y con ellos se autogenera la pobreza»⁵

Según los cálculos de UNICEF, cerca de 3.000 niños mueren por día en América Latina por problemas ligados a la desnutrición y carencias perfectamente evitables. Se trata de 900.000 niños por año, el 60% de las muertes atribuidas a la pobreza.

El crecimiento de la pobreza tiene múltiples efectos que son una constante

amenaza a las bases de la institución familiar y en muchos casos incluso la destruyen. Las carencias afectan a cada uno de los miembros de la familia debilitando sus posibilidades de constituirse en familias que sustenten en lo material y contengan en lo afectivo a sus integrantes.

Los hombres afectados por los problemas de desempleo y bajos salarios, alejados de la posibilidad objetiva de satisfacer las necesidades mínimas de sobrevivencia, se sienten desprestigiados frente a sus familias y la sociedad, por no poder cumplir con el rol, histórica y culturalmente asignado, de proveedor. A veces deben migrar en busca de empleo, otras se enferman por el estrés que les significa el desempleo, y de este modo sus familias no pueden estabilizarse y los vínculos tienden a debilitarse.

Las mujeres al quedarse solas por la disolución de hogares, se transforman en único sostén del grupo familiar, con la doble carga que se le impone de ganar el sustento y cuidar de sus hijos, engrosando las filas de la pobreza, fenómeno que se conoce como la «feminización de la pobreza».

Como parte de las estrategias de sobrevivencia familiar todos los miembros de una familia están frecuentemente obligados a contribuir a los escasos ingresos y aceptar cualquier trabajo que aparezca, abandonando los niños la escuela, fragilizando aún más sus posibilidades de desarrollo y de integración a un sistema de empleo o trabajo digno. El que llega a la edad adulta en estas condiciones, no estará capacitado para el empleo, ya sea por las dificultades de someterse a una disciplina de horarios, pautas higiénicas, de socialización o ya sea por la falta de habilidades y conocimientos.

En cuanto a los jóvenes, pertenecientes a familias de pobres estructurales, su situación de riesgo y vulnerabilidad es conocida. Han sido niños que han salido a trabajar para contribuir al ingreso familiar, la calle se tornó en su ámbito de reproducción cotidiana y la casa se convierte así en un referente de la memoria lejana. Para ser recibidos con alegría en sus visitas esporádicas a su familia, deben llevar regalos y dinero, generalmente producto de delitos o prostitución.

Los jóvenes de familias de la «nueva pobreza» ven venirse abajo los proyectos por los cuales sus padres lucharon: estudiar, tener una profesión y ascender socialmente a través de un empleo o trabajo. «Pasarla bien», aquí y ahora, es la consigna de la juventud que no visualiza un futuro aunque sea con esfuerzo. El desmoronamiento de la esperanza de ascender socialmente por medio de la educación, que alimentó la imagen de un país en crecimiento, deja a las familias inermes frente a sus jóvenes y a estos jóvenes los deja sin proyectos y a la sociedad sin una generación orientada hacia el bienestar general, centrada en valores pasatistas e insolidarios.

De este modo, la misma pobreza, en cuanto carencia de ingresos o riqueza determina en gran medida la debilidad física: falta de fuerza, desnutrición, salud deficiente; desigualdad en el acceso a la educación e información que acarrear ignorancia de las oportunidades, servicios y derechos; carencia de poder para enfrentar organizadamente la superación de su situación y el peligro de volverse cada vez más pobre. El círculo se cierra, o peor, se abre en espiral descendente.

La dimensión identitaria

Pero además, entendemos que a ser pobre se aprende. El pobre es socializado para que se acostumbre a vivir en su estado de pobreza y dentro de las fronteras territoriales donde se lo margina. El pobre se habitúa a ser pobre, a aceptar la precariedad del suelo y el techo compartido, la estrechez habitacional y la falta de dinero. El conformismo trae aparejada la baja autoestima, la desvalorización de la propia vida. Este conformismo y baja autoestima son el factor que los discrimina como “irresponsables”, el estigma que los señala como culpables frente al ciudadano “decente y digno”. El pobre está construido socialmente como pobre. La construcción de la pobreza desde la mirada del investigador ha privilegiado “la carencia” como criterio de diferenciación y ha contribuido a estigmatizar la pobreza.

Por esto, entendemos que es útil completar esta mirada con los aspectos relacionados con interacciones microsociales entre las personas, valorizando los escenarios cotidianos, particularmente el ámbito de la “familia” y el “hogar”, en tanto espacio privilegiado de las estrategias de producción y reproducción, consumo, contención afectiva, en su calidad de mediadora entre el individuo y la sociedad. Nuestro interés por este tema se relaciona con nuestra investigación previa sobre la “Estructura y Organización familiar en Villa Mercedes (San Luis)” que nos impulsó a profundizar en los aspectos mas relacionados con la defensa de la calidad de vida principalmente de aquellas familias sobre las que es necesario plantearse líneas de acción que permitan superar su situación actual hacia modos no excluyentes de organización social, objeto de estudio en nuestra investigación actual sobre las “Estrategias de reproducción familiar en familias en situación de pobreza”, bajo la Dirección de la Master Olga Mercedes Paez. En este sentido nos pareció fructífero acercarnos a las estrategias familiares de vida desde la perspectiva teórica de Pierre Bourdieu, que nos permite estudiar las estrategias familiares en su relación con el espacio social y en relación al devenir de dichas estrategias en el desarrollo del espacio social. De este modo, nuestra idea es que los criterios de diferenciación del espacio social, y la posición que los pobres ocupan en este espacio, y el peso relativo de estas posiciones en el espacio social están ligados, no sólo a los bienes de los que son carentes (no posesión de capital económico), y de las distinciones que les

imponen los sectores dominantes del espacio social, sino a aquellos bienes y distinciones que los pobres construyen como diferenciación interna del campo de la pobreza y que constituyen los criterios a los que la percepción dominante no nos permite acceder y que sin embargo es fundamental conocer si nos planteamos la necesidad de implementar vías de acción superadoras de su situación. Para descubrir estos bienes y esos criterios nos propusimos privilegiar el ámbito de la familia porque es en ella donde se opera su acumulación y donde se transmite por la socialización las pautas estratégicas para la sobrevivencia.

De este modo definimos como estrategias de reproducción al conjunto de prácticas fenomenalmente muy diferentes, por medio de las cuales los individuos, los grupos o las familias tienden de manera consciente o inconsciente a conservar o aumentar su patrimonio, y correlativamente a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase”.

La familia es el lugar por excelencia de la acumulación de capital de diferentes especies y de la transmisión entre generaciones, por ello es el sujeto principal de las estrategias de reproducción. Esto puede observarse en la transmisión del nombre de familia, el apellido, elemento principal del capital simbólico hereditario que es la base para la transmisión del patrimonio, el conjunto fundamental del capital económico y simbólico.

Definimos como Estrategia de Reproducción Familiar: al conjunto de prácticas de subsistencia, contención familiar, de diferenciación y ascenso por medio de las cuales las familias tienden de manera consciente o inconsciente a conservar o aumentar su patrimonio, y correlativamente a mantener o mejorar su posición con relación al propio campo de la pobreza y con relación a su posición en la estructura de las relaciones de clase.

Las estrategias de reproducción familiar

De este modo, nuestro objetivo es estudiar las estrategias familiares en familias cuya situación objetiva de carencia los clasifica como pobres, que la percepción de los habitantes de la ciudad los encasilla como «marginales», y por lo tanto, «peligrosos» o «amorales»

El mandato social de “vivir en familia” es una norma universalmente exigida. El “tener” una “familia” es parte inclusive de los requisitos para acceder a determinados mecanismos de transferencias de ingresos monetarios como subsidios de diversas clases, (especialmente por parte del Estado). La familia se instituye para la transmisión hereditaria, tanto de la riqueza como de la pobreza, algo no previsto por la norma universal. Por esto, nuestro objeto de estudio son las estrategias de reproducción familiar, esto es, el modo en que los pobres cumplen con el mandato social

de vivir en familia porque es en estas familias donde aprenden a ser pobres, donde aprenden los modos de diferenciación y las prácticas económicas y no económicas que reproducen el orden social.

Nos proponemos reconstruir esta mirada desde la construcción que desde su propia situación efectúan los pobres. Describir estas estrategias de reproducción familiar elaboradas a partir de los bienes (Capital económico, simbólico, cultural, social. Lo social objetivado) que constituyen su patrimonio y de las definiciones incorporadas como hábitos, de los esquemas de percepción y apreciación sobre sus potencialidades y posibilidades, presentes en los modos de concebir lo que es propio e impropio, lo posible y lo no posible, lo que «es para nosotros «y lo que no lo es. (Lo social subjetivado).

De este modo nuestra investigación comprende dos momentos analíticamente diferenciados: Uno objetivista, destinado a relevar las características patrimoniales de las familias, y otro subjetivista que relevará estos criterios incorporados como hábitos presentes en las prácticas que condicionan sus estrategias para conservar o mejorar sus posibilidades de sostener sus familias.

En nuestro trabajo de investigación, hemos ampliado el marco analítico habitual con el estudio de estrategias que se relacionan indirectamente con el acceso a recursos y que sin embargo posibilitan a la familia constituirse y preservarse como familia, contribuyendo a definir sus potencialidades y posibilidades para mantener su posición social o mejorarla.

De este modo, hemos definido las estrategias familiares por el siguiente conjunto de dimensiones:

Las estrategias de producción y reproducción de la subsistencia del grupo familiar que abarca desde la decisión sobre el tamaño de la familia hasta la obtención de recursos (monetarios o no monetarios), estrategias de ocupación, de vivienda, consumo, salud, redes de ayuda. Puede decirse que las unidades domésticas se diferencian entre sí de acuerdo al origen de sus percepciones. La obtención de recursos para satisfacer las necesidades de los miembros del hogar puede provenir de diversas fuentes. Algunos hogares descansan principalmente en las remuneraciones al trabajo, en la renta de la propiedad o en las percepciones provenientes de un negocio propiedad de algún miembro del hogar. Otros dependen en mayor medida de las transferencias formales e informales de ingreso. Las transferencias informales remiten al funcionamiento de redes sociales de índole diversa (de parentesco, amistad, compadrazgo, vecindad, paisanaje, etc.) que proporcionan recursos para satisfacer las necesidades cotidianas de los hogares. En este estudio estas estrategias se relacionan con la generación de recursos para la sobrevivencia, o para mejorar la eficacia de los recursos existentes, en especial las. estrategias que inciden en la

estructura, composición y organización de la familia, ya que el tamaño y composición familiar se revela como una estrategia para ampliar el acceso a recursos.

Las estrategias de contención familiar comprenden la socialización, sus agentes en las diferentes etapas del ciclo vital familiar como así también al uso por parte de la familia, de otras agencias sociales de contención: autoridad religiosa, maestros, el juez.

En este sentido, la entrega de hijos a parientes, el cuidado de menores a cargo de los menores de mayor edad, el envío de los niños a escuelas donde se le provee almuerzo o merienda, son algunas de las estrategias que estas variables permiten relevar.

Las estrategias de diferenciación comprenden la definición de vectores de adscripción (nosotros somos “pobres pero honrados”, nosotros “los villeros”, etc.) y criterios de distinción (no somos como aquellos). Estas estrategias pueden referirse al campo de la pobreza (con relación a otros en igual situación de pobreza), o al espacio social global (con relación a otras clases sociales). En el reconocimiento de vernos y pensarnos parecidos o diferentes de otros es como vamos construyendo nuestra identidad, va quedando recortada por contraste quienes somos y como se definen nuestras potencialidades y cuales son las posibilidades a las que tenemos acceso y cuáles nos están negadas. Este proceso de construcción de identidad que es al mismo tiempo individual y colectivo, contribuye a delimitar líneas de solidaridad y de conflicto.

Las estrategias de ascenso se relacionan con las inversiones que se está dispuesto a realizar en un determinado campo para mejorar la situación de clase del grupo familiar sacrificando parte del capital de un campo para invertirlo en otro. (En el caso extremo de ausencia de todo bien, se sacrifica la salud, o el descanso). Estas estrategias de cambio se dirigen, por lo tanto, a la modificación de las condiciones objetivas de existencia. (Educación formal, relaciones sociales, participación política).

Nuestra estrategia para la selección de la muestra intencional puede describirse como un camino de sucesivas aproximaciones que partieron desde el relevamiento de todos los sectores pobres de la ciudad, al barrio San José, (uno de los barrios pobres más antiguos de la ciudad ubicado en el sector sur de la ciudad junto al Río V que constituye el límite sur del égido urbano).

Para la selección de la muestra, nuestra puerta de acceso fue la Organización Cáritas de la Iglesia (Católica) San José situada en el corazón de este barrio. Las familias que envían sus hijos al comedor de Cáritas, fueron las seleccionadas para entrar en contacto con otras familias que no envían sus hijos a este comedor pero que comparten la situación de pobreza. De este modo seleccionamos la muestra

constituida por el núcleo de cuarenta familias que envían sus hijos al comedor de Cáritas, y completada por sesenta familias cuyos hogares se sitúan a la derecha y a la izquierda de las familias del núcleo que concurre a Cáritas. A esta muestra intencional se suministró una encuesta que pretende relevar los datos para la determinación de la situación objetiva de pobreza, esto es, se trata de medir a la población por manifestaciones exteriores que revelan la falta de acceso a ciertos servicios considerados básicos: vivienda, agua potable, electricidad, salud, educación y al mismo tiempo relevar el nivel de ingresos familiares y determinar su posibilidad de acceso a una canasta básica de bienes y servicios respetando las características de consumo culturalmente definidas para esta sociedad en este determinado momento histórico, y además explorar los bienes que estas familias consideran su patrimonio, herramientas de trabajo, medios alternativos de vida, producción en el hogar.

El objetivo de estas entrevistas a 100 familias fue garantizarnos que estuvieran representadas en la muestra final de familias para las entrevistas en profundidad las principales diferencias encontradas en las familias pobres entrevistadas, en aspectos relevantes:

Estructura familiar, familias de desocupados, familias donde se depende de un solo ingreso, donde varios miembros tienen ingresos, familias que tienen quintas, chacras, u otro tipo de recursos extras, etc.

Nuestro segundo paso, fue seleccionar la muestra de familias con las que efectuaremos la recolección de las historias de vida familiares en relación a las estrategias de vida.

A través de entrevistas en profundidad y de las historias de vida estamos reconstruyendo el recorrido de las estrategias familiares desde la familia de origen de cada progenitor hasta la constitución actual del grupo familiar. La investigación en este campo nos permitirá lograr identificar y sistematizar las variadas respuestas de los hogares de escasos recursos para hacer frente a sus condiciones de existencia. De este modo, la aplicación de metodologías cualitativas en diversas dimensiones constituyen una rica fuente de información para avanzar en la comprensión de aspectos rara vez considerados en los análisis convencionales sobre la pobreza. Dicha información permite, junto con los datos cuantitativos agregados, tener una visión más acabada e integral de este fenómeno. Así, entendemos que es de crucial importancia combinar diferentes maneras de reconstruir la realidad, buscando espacios de complementación analítica entre los índices y tipologías de pobreza construidos con base en datos agregados y las evidencias surgidas de la aplicación de metodologías cualitativas.

Un aspecto adicional de nuestro trabajo se orienta a la obtención de informa-

ción sobre estrategias grupales emprendidas por las familias (en especial las mujeres), reunidas para encarar necesidades no satisfechas de índole doméstico-familiar (vrg. en materia de alimentación, salud, vivienda, etc.) Entre sus múltiples expresiones que hemos relevado podemos citar la existencia de ollas comunes, comedores vinculadas a la Iglesia, grupos de costura, atención a discapacitados, ayuda escolar. Es nuestro interés profundizar en los inconvenientes y reparos que este tipo de estrategias despiertan en otras familias y que se suelen calificar de “apatías”, “falta de solidaridad” y “resistencias” diversas.

En conclusión, sostenemos que aquellas «resistencias» al cambio impulsado por acciones políticas, institucionales, y de diversas organizaciones, así como «la apatía» y «baja autoestima», la ausencia de «comunidad real» o de «solidaridad», señalada por diversas estrategias de abordaje para la acción de desarrollo social que promueve una mejor calidad de vida de los sectores carenciados, son a menudo, categorizaciones que nos ocultan la construcción que los pobres realizan de su situación, y que de este modo se convierten en obstáculos para la acción de quienes desean contribuir a la mejora de su calidad de vida. Acceder a la pobreza desde la familia, que sin embargo los pobres se empeñan en tener, nos pone en el camino de mirar la pobreza desde el ángulo de percepción de quienes la viven, de mirar la pobreza desde lo que ellos perciben como su potencialidades y reconsiderar aquello que consideran sus posibilidades, de dejar de imponer la percepción dominante y de estigmatizarlos como incapaces.

1 Docentes Investigadores en temas de Familia de la Facultad de Ingeniería y Ciencias Económico Sociales, de la Universidad Nacional de San Luis.

2 UNICEF. Segunda Reunión sobre Infancia y Política Social, abril 1994.-

3 Línea que comienza a tener importancia en la década del 70 y especialmente en la década del 80 con los padrinazgos de PISPAL y las reflexiones realizadas en el marco de la Comisión de Población y Desarrollo de CLACSO.

4 Desai, Meghnad (1992), “Population and Poverty in Africa” en African Development Review, vol. 4, no. 2, African Development Bank, Diciembre.

5 UNICEF. Segunda Reunión sobre Infancia y Política Social, abril 1994.-